

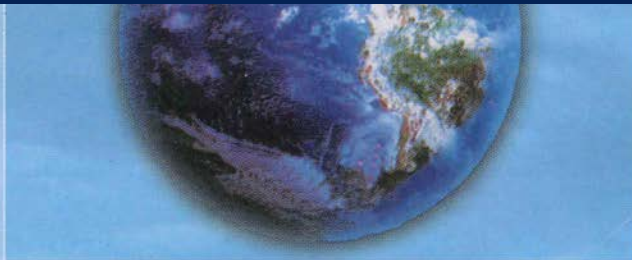
PIERRE FOY VALENCIA (EDITOR)

Fernando de Trazegnies • Pierre Foy • Guillermo Figallo
Eduardo Nieto • Alfredo Bullard y Yashmin Fonseca
Carlos Andaluz • Miguel Donayre • Jessica Morales
Walter Valdez • Luis Bramont-Arias T. y Carmen García C.
Juan Morales • Patricia Iturregui • Germán Vera • Pedro León

DERECHO y AMBIENTE

*Aproximaciones
y estimativas*

Capítulo 14



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ
FACULTAD DE DERECHO FONDO EDITORIAL 1997



IDEA - PUCP
INSTITUTO DE ESTUDIOS AMBIENTALES
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DEL PERU

DERECHO Y AMBIENTE

Aproximaciones
y estimativas

Primera edición: mayo de 1997

Cubierta: AVA diseños
Cuidado de la edición: Antonio Luya Cierzo
Diagramación: Yoryina León Mejía

Derecho y ambiente. Aproximaciones y estimativas

Copyright © 1997 por Fondo Editorial de la Pontificia
Universidad Católica del Perú, Av. Universitaria, cuadra 18,
San Miguel. Apartado 1761, Lima 100, Perú.
Teléf. 462-6390, 462-2540, anexo 220

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio,
total o parcialmente, sin permiso expreso de los editores

Derechos reservados
ISBN 9972-42-059-0

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Teología de la Creación y preocupación ecológica

Rvdo. PEDRO LEÓN

Sumario

1. La naturaleza: ¿dios o botín? 2. La naturaleza como casa común. 3. Hacia una reconversión cultural. Bibliografía.

Cuando parecía que la actividad había avasallado la naturaleza y la había despojado de todo atractivo y enigma, el actual ambientalista ha vuelto a poner a la naturaleza en el centro de la atención común.

Aunque la preocupación por el ambiente y los recursos naturales ya se manifiesta en algunos autores desde el siglo XVII¹, sólo a fines de nuestro siglo ha alcanzado gran difusión e importancia. El actual movimiento ambientalista no surgió de las grandes ideologías sino principalmente por la voz de alarma de científicos de diferentes campos². Estas advertencias han hecho que confusa y espontáneamente entre nuestra generación, atemorizada por la guerra atómica y el drástico deterioro del medio ambiente, fuera brotando una creciente conciencia ecológica. Es obvio que esto fue más agudo en las sociedades más industrializadas. Primero cristalizó en pequeños grupos dedicados a recoger residuos no biodegradables o a defender los animales o que protestaban contra las centrales y pruebas nucleares. El clamor general poco a poco ha logrado —muchas veces a pesar de los gobiernos, empresarios y tecnócratas— crear un tejido de leyes tutelares del medio ambiente y extender a

¹ Comúnmente se suele considerar que fueron tres economistas ingleses quienes abrieron la cuestión: Thomas Robert MALTHUS, con su obra *An Essay of the Principle of Population as It Affects the Future Improvement of Society* (1798); David RICARDO, con su obra *Principles of Political Economy and Taxation* (1817), y John Stuart MILL en su libro *Principles of Political Economy* (1848).

² El mérito correspondió a Rachel CARSON, quien en su libro *Silent Spring* (1962) llamó la atención de la opinión pública acerca de los peligros de los pesticidas y otros productos químicos. Su denuncia encontró gran escucha y su ejemplo fue seguido por otros estudiosos de la ecología.

niveles más amplios la conciencia ecológica, hasta convertirla en un verdadero imperativo onnipresente³.

Como todo movimiento de fines del siglo XX, la cuestión ecológica mantiene una ambigua relación amo-esclavo con los medios de comunicación social y la mentalidad consumista de nuestras sociedades. Por un lado, ellos han contribuido a la rápida difusión de los reclamos de los ambientalistas. Por otro lado, muchas veces la ecología ha sido utilizada como un fácil imán para acrecentar la audiencia o las ventas. De hecho, ya es común constatar el abuso de términos como «ecológicos» y «natural» en la publicidad comercial. Esto produce una peligrosa relajación de los conceptos, los vacía de contenido, desorienta al ciudadano promedio y desacredita la genuina defensa del medio ambiente. Esto nos lleva a plantear la necesidad de que en la escuela y en la universidad exista una adecuada formación de la conciencia y responsabilidad ecológica.

Esta preocupación creciente por la calidad ambiental no ha pasado desapercibida a los cristianos, siempre atentos a «escrutar a fondo los tiempos e interpretarlos a la luz del Evangelio»⁴. Es así que en las últimas décadas los teólogos han vuelto al rico patrimonio de la Biblia y la tradición eclesial para extraer un enfoque peculiar de las actuales interrogantes y expectativas acerca de la naturaleza. De este modo, se quiere ayudar a aclarar principalmente las cuestiones éticas, que inexorablemente se presentan cuando se toman decisiones que afectan las estructuras económicas y legales. El problema de la protección del medio ambiente no puede encerrarse en su faceta específicamente científica, sino que debe plantearse en toda su complejidad, incluso ética y religiosa.

³ Un signo de la gran importancia que se le asigna a la cuestión ambiental fue la «Cumbre sobre el desarrollo» realizada en Río de Janeiro (1992). Pero las dificultades para tomar decisiones conjuntas, también nos muestra los problemas científicos, económicos, legales y éticos que todavía no han sido resueltos suficientemente.

⁴ Constitución pastoral «Gaudium et spes» N.º 4, *Concilio ecuménico Vaticano II*, edición bilingüe, B.A.C., Madrid 1993.

1 La naturaleza: ¿dios o botín?

La primerísima cuestión que aquí nos interesa aclarar es qué perspectiva tenemos acerca de nuestra relación con la naturaleza, entendida ésta como concepto base de la ecología. Entonces, en esta primera sección, para resolver nuestro tema no nos interesan tanto las representaciones teóricas acerca de la naturaleza, sino la *actitud* que mueve nuestra relación con el mundo; actitudes que generalmente no proceden de datos científicos o filosóficos, sino de creencias. De hecho, las diferentes culturas no siempre se han representado esta relación del mismo modo. Con las inevitables simplificaciones, podríamos aglomerarlas en dos grandes grupos: la naturaleza como algo suprahumano (dios) y la naturaleza como algo sometido a nuestra arrogante explotación (botín).

Desde sus primeros estadios, la generalidad de los pueblos se ha representado la naturaleza como poblada de dioses y fuerzas sobrenaturales que las explican y gobiernan. La sucesión de las estaciones o la ausencia de lluvias no eran fruto del azar o de mecanismos intrínsecos a las fuerzas naturales; más bien eran entendidas como manifestación de la actividad benéfica o funesta de los dioses. Así, por ejemplo, lo observamos en los mitos de fertilidad de Ugarit: «Los adversarios de Baal (señor de la vegetación) son conforme a este esquema dualístico radical, las leyendas dramatizan esta lucha de Baal contra Yâ (la tierra contra el mar, símbolo del caos)... y contra Môt (lucha de la tierra fértil contra la sequía)»⁵. Según esta concepción, el hombre, más que dueño del mundo, se percibe a sí mismo como reverente servidor de la naturaleza, que a fuerza de sacrificios debe aplacar a las fuerzas que habitan en montañas, ríos y bosques, y que rigen el ciclo de la vida y la muerte.

Algunos de los grupos que creen en la doctrina de la transmigración y reencarnación de las almas⁶, desde una orilla muy diferente, también

⁵ GARCÍA CORDERO, *Biblia y legado del Antiguo Oriente*, B.A.C., Madrid 1877, p. 435.

⁶ La creencia en la transmigración de las almas (metempsicosis) y en la reencarnación es común a varios pueblos y pensadores. En Occidente la encontramos en los pitagóricos y en Platón (siglo V a. de C.). En Oriente es característico del pensamiento indio. Ya está

representan la naturaleza como algo que no está entregado al señorío del hombre. Siendo que las almas pueden estar presentes en animales y plantas, en el hombre surge un profundo sentimiento de veneración hacia todos los seres vivos del mundo, pues al destruirlos o hacerles daño se puede estar produciendo sufrimiento a un alma humana. Desde esta perspectiva se considera que el mundo es un lugar de prueba y purificación en el cual las almas no deben quedar atrapadas. Por esto principalmente se inculca en el hombre una sabia indiferencia de todo su entorno material y a buscar dentro de sí mismo el camino de la perfección. Entonces, más que un verdadero amor a la naturaleza, aquí se plantean dos mundos paralelos: los seres materiales y las almas; cada uno tiene su propia dinámica y camino, que no deben cruzarse; se pide al hombre que se centre en su propio itinerario espiritual y no se inmiscuya arrogantemente en la naturaleza. El conocimiento de la naturaleza (especialmente de las plantas y el cuerpo humano) no estará entonces al servicio de la técnica, sino exclusivamente para que nuestro cuerpo material no se convierta en un obstáculo del espíritu⁷.

Como vemos, el politeísmo antiguo y algunas doctrinas orientales tienen en común que consideran a la naturaleza como imbuida de una fuerza sobre-natural, ya sea un dios, ya sea un alma humana. Esto produce un sentimiento y profundo respeto a la naturaleza, y conduce al hombre a no considerarse señor del universo, sino como morador de él, pero ajeno a éste.

Esta mirada religiosa de la naturaleza en cierta forma también está presente en la cultura cristiana occidental, principalmente de los primeros quince siglos. Aunque el cristianismo niega tajantemente que, aparte de Dios y el hombre, haya algo sagrado y considera inaceptable la

atestiguada en los Upanishad antiguas (hacia el 800 a. de C.), en el budismo antiguo (siglo VI a. de C.) y también en la filosofía del Vedanta según Shankara (siglo IX d. de C.).

⁷ Por ejemplo, el *yoga* (= tensión) es entendido como un procedimiento conducente a la intuición mística u al autoconocimiento supraconceptual: mediante la observancia de unas prescripciones éticas, determinadas posturas del cuerpo y la regulación de la respiración, se busca una concentración que suprima todo pensamiento y nos conduzca a un nivel superior. Cf. BRUGGER, Walter, *Diccionario de filosofía*, 10.ª edición, Barcelona, Herder 1983, voz: *Yoga*.

metempsicosis, sin embargo se reconoce el mundo como manifestación de la bondad y sabiduría divina. Las doctrinas cristianas, al entrar en contacto con culturas agrarias (el Imperio romano o América del siglo XVI), produjeron un fenómeno peculiar. Las fuerzas naturales ya no podían ser dioses, pues Dios era uno solo. Pero para la mentalidad agraria es imposible representarse la naturaleza como simples objetos o leyes inanimadas. Se continúa entonces viendo los acontecimientos naturales como signos de la bendición o cólera divina, y se coloca los lugares, fenómenos y actividades ligadas a la naturaleza bajo la protección de «patronos». Es sintomático constatar cómo muchas devociones populares, nacidas en ambientes rurales, relacionan muy estrechamente las figuras de Cristo y María con acontecimientos naturales, como terremotos, cosechas, pesca, etc.⁸.

Finalmente, es necesario constatar que en todas las culturas y todos los tiempos de modo confuso se tiende a «personificar» a los demás seres del mundo, especialmente a los animales domésticos. No serán dios o un espíritu, pero tampoco son algo. Son «alguien» con quien se puede negociar, alguien que nos comprende, que se enoja y se complace. Es curioso constatar que esta tendencia a antropomorfizar persiste con fuerza en nuestras culturas urbanas, especialmente entre los defensores de los animales y amantes de la naturaleza. Es claro que en todos estos grupos no domina tanto una fría y aséptica concepción científica, sino una mirada «personificante» de la naturaleza en la que los factores emotivos son preponderantes⁹.

El espectacular progreso de la ciencia y la técnica, especialmente de los siglos XVIII y XIX, produjo una creciente desacralización de la

⁸ Cf. IDÍGORAS, José Luis, *La religión*, Lima, Centro de Proyección Cristiana, 1988, pp. 340-342.

⁹ El éxito de películas como «Babe» (Nooman, 1995), o —en versión tecnológica— el «auto fantástico» o la super computadora que conoce y dialoga con su compañero humano, muestran el perenne deseo que tiene el hombre de socializar con su entorno natural o artificial. Nos negamos a sentirnos rodeados de objetos y les atribuimos rasgos humanos, lo cual nos hace sentir que estamos rodeados de un mundo familiar. Pienso que esta tendencia no debe ser explicada sólo desde su vertiente psicológica, pues tomada de modo absoluto tiende a aplanar y banalizar la realidad.

naturaleza en amplios sectores de la población¹⁰. Actualmente la cosmovisión agraria, que tiende a lanzar una mirada religiosa de la naturaleza, para bien o para mal, se halla en un rápido proceso de desaparición frente a la cultura científico-utilitaria y su séquito de mitos y promesas de bienestar ilimitado.

El conocimiento científico de la naturaleza y de las leyes que la rigen ha producido una cultura llena de un sentimiento de poder y suficiencia. El hombre sabe que puede predecir y prevenir eficazmente los huracanes, sequías, tormentas, etc. Los espectaculares progresos en medicina, dominio del aire, mundo submarino y el espacio, medios de comunicación, energía eléctrica y nuclear, etc., hacen pensar al hombre que nada le es imposible, que no hay misterio que su mano no pueda desentrañar y conceptualizar. Todo el resto de la naturaleza está puesto a trabajar para el hombre. Como un mendigo que súbitamente se ha vuelto millonario y poderoso, así el hombre se lanzó ávidamente sobre los diversos recursos naturales.

Ahora, una mirada utilitarista del mundo ha suplantado la mirada reverente y también la curiosidad filosófica. Para esta cultura la pregunta realmente importante es: ... y esto, ¿para qué me sirve? Todos los seres son implacablemente clasificados según su potencial de dar ganancias, comodidad o diversión al hombre. Recursos minerales, bosques, lagos, ríos, pueden reportar buenas ganancias. Animales feroces y exóticos van a los zoológicos y circos para nuestra diversión. Por todas partes se

¹⁰ Ya algunos filósofos de la antigüedad habían ridiculizado la creencia de que «todo estaba lleno de dioses» (Tales de Mileto, A 33, ed. Diels); o que se represente a los dioses mezclados con rasgos mundanos, pues eso sólo «se trata de historias despreciables de los acedos» (Eurípides, *Heracles*, F. 1341). Otros, más audaces, como Demócrito, se imaginaron que la naturaleza era la mecánica suma de pequeñas partículas: «estos átomos... se desplazan en el vacío y, al alcanzarse unos a otros, chocan, a consecuencia de lo cual algunos rebotan al azar, y otros se entrelazaron... dando así lugar a la generación de las cosas compuestas» (Simplicio, *De Caelo* 242, 21, 67 A 14). Pero esta desacralización de la naturaleza sólo se explotó en el ámbito filosófico y no produjo gran influjo sobre el quehacer científico-técnico. De hecho, «fue la curiosidad, y no el pensamiento de domar las fuerzas de la naturaleza con la finalidad de conseguir el bienestar o la destrucción humanos, lo que les impulsó a intentar por primera vez una simplificación grandiosa de los fenómenos naturales» (GUTHRIE, W. K. C., *Historia de la filosofía griega*. Tomo I, Madrid, Gredos, 1984, p. 41).

extienden las modernas ciudades, con sus grandes exigencias de recursos y su séquito de basurales y smog. Los pocos lugares que conservan su carácter original, rápidamente van siendo detectados por operadores prontos a ofrecerlos al turismo masivo y destructivo de los habitantes de las ciudades. Legiones de científicos y técnicos, en vertiginosa competencia, mueven cielo y tierra para arrancarle a la naturaleza nuevos productos. Todas las parcelas de la realidad son sometidas a un minucioso estudio para detectar nuevos filones de explotación.

Ciertamente, no es justo hacer este reproche a todas estas generaciones. Durante este tiempo ha habido voces de protesta y esfuerzos legales por frenar la insensatez¹¹. Sin embargo, parece obvio que esa situación, esa actitud arrogante hacia la naturaleza sufría de un grave error de perspectiva: la finitud de los recursos naturales. Como los viejos piratas que echaban a bordo el botín y se desinteresaban de los incendios y muertes que dejaban atrás, así también esa cultura se dedicó a una masiva y sistemática depredación de todo el planeta con el auxilio que le brindaba la moderna tecnología. El error de esta cultura estaba en que se medía las empresas y ganancias a nivel global pero se seguía midiendo las consecuencias ecológicas a pequeña escala. Sólo se reconoció la magnitud del daño cuando se vio que alrededor casi sólo quedaba tierra quemada.

Esta degradación del medio ambiente se ha vuelto patente y gravísima en los siguientes rubros:

- a) la destrucción de la capa de ozono (causando trastornos climáticos y aumento del cáncer a la piel);
- b) la contaminación de ríos, mares y el aire (por desechos, pruebas

¹¹ Ya hemos mencionado cómo desde el inicio de la revolución industrial también se escucharon las primeras llamadas a usar racionalmente los recursos naturales. Es notable también el movimiento conservacionista entre 1890-1920 en los Estados Unidos y las consiguientes leyes de protección de bosques y recursos minerales e hídricos, así como la creación de oficinas que científicamente administran y vigilan los recursos: *The Forest Service, The U.S. Geological Survey, The National Park Service y The Bureau of Reclamation*. Cf. DE STEIGUER, Edward, word: Environmental Movements; in *Grolier Electronic Publishing Inc.* 1993.

- atómicas o derrames accidentales);
- c) desaparición de bosques (por incendios, urbanización o tala indiscriminada).

Es claro que la jactancia del hombre industrial ha atropellado el equilibrio natural de todo el planeta y pone en riesgo toda forma de vida, incluida la humana. La depredación actual es signo de un mal uso de las ciencias. Y esto se debe a que las hemos imbuido de una mentalidad consumista y ávida de placer y comodidades a cualquier precio. Esto explica por qué podemos construir bombas atómicas y súper computadoras pero no hemos resuelto los graves problemas de salud y alimentación de la humanidad. Entonces, no criticamos las ciencias, sino la orientación que se les ha dado. El saber, en sí mismo es ambiguo: puede usarse de modo benéfico o dañino. Parece que el juicio sobre los últimos siglos debe ser negativo, pues tanto saber y tecnología sólo ha servido para consolidar el predominio de algunos pueblos, depredar el planeta y dejar irresueltos —¿o incluso agudizar?— los problemas del resto de la humanidad.

2 La naturaleza como casa común

Entre las dos concepciones arriba reseñadas, el cristianismo presenta su propia opinión acerca de la naturaleza y la actitud que el hombre debe adoptar frente a ella. Esta visión cristiana trata de establecer una justa ecuación entre el respeto del medio ambiente y las exigencias del progreso técnico-científico.

Antes de empezar es necesario aclarar que aquí no se pretende que una justa perspectiva de la relación hombre-naturaleza sea patrimonio exclusivo de los cristianos. Es obvio —felizmente— que han existido y existen muchos grupos humanos que han vivido y propuesto un encomiable modelo de armonía ecológica. Al plantear la propuesta cristiana sólo se quiere declarar que también a partir de la Biblia y la tradición eclesial se desprende una correcta visión del mundo. Entonces, eso significa que el discurso teológico cristiano no es opuesto ni es indiferente

a la actual preocupación ecológica. Y nos alegra saber que trabajamos en la misma dirección que muchos otros que, desde otros presupuestos religiosos o científicos, también buscan detener la insensatez.

El tema de la naturaleza y de cuál sea su origen también interesó al pueblo de Israel, aunque desde una perspectiva muy diferente a la mitología babilónica o a la curiosidad filosófica griega¹². La originalidad del pensamiento hebreo podemos descubrirla en las primeras páginas de la Biblia, que justamente se ocupan de esto.

En Génesis 1: 1- 2: 4 se halla el famoso himno israelita a Dios creador¹³:

«En el principio creó Dios los cielos y la tierra.
La tierra era caos y confusión
y oscuridad por encima del abismo,
y un viento de Dios aleteaba por encima de las aguas.
Dijo Dios: «haya luz», y hubo luz.
Vio Dios que la luz estaba bien,
y apartó Dios la luz de la oscuridad...».

Una lectura detallada de este relato nos lleva a descartar que se trata de una simple descripción de la aparición de los diversos seres, conforme con una primitiva visión científica del mundo. En realidad, la descripción del origen de lo existente es ocasión para plantear una teoría científica de cómo apareció el mundo, si no de asentar las coordenadas religiosas que fijan el ser y la relación Dios-hombre-naturaleza.

Aclarar quién es Dios y cuál es su puesto incomparable es la primera preocupación del anónimo escritor. Dios es presentado como

¹² Las mitologías orientales, como el *Enuma elish*, dramatizan la pugna primordial entre las fuerzas naturales del caos y del orden, que buscan hacer habitable la Tierra. La filosofía presocrática, por su parte, estuvo preocupada por identificar el *arché* (= principio) que explicase todo lo existente y el devenir.

¹³ Los biblistas generalmente consideran que este himno fue compuesto en el siglo VI a. de C. por la corriente teológico-literaria llamada «tradición sacerdotal». El contacto con la cultura babilónica habría influenciado mucho en su redacción y en particular en su oposición al politeísmo y los cultos astrales.

absolutamente trascendente a lo mundano. El Dios de Israel no es el mar o el tiempo o la vida. Dios es absolutamente diferente a todos los seres que vemos. Cuidadosamente se evita los antropomorfismos más susceptibles a una deformación idolátrica; por eso sólo se hace referencia a la palabra, la voz de Dios que solemnemente va llamando a la existencia a cada uno de los seres. También queda bien firme la doctrina monoteísta. Dios es uno solo y fuera de Él nada debe recibir rango divino. Por último, la contemplación de la grandiosidad y perfección de la creación es una invitación a considerar cuán poderoso y sabio es Dios, el autor de ese orden admirable. El himno desemboca, pues, en una alabanza a Dios creador, tal como se hace en los Salmos: «Alaben el nombre de Yahveh; porque sólo su nombre es sublime, su majestad por encima de la tierra y el cielo» (Sal. 148, 13).

El segundo foco de interés es aclarar quién es el hombre y cuál es su puesto en el mundo.

«Y dijo Dios:

“hagamos al ser humano a nuestra imagen,

como semejanza nuestra,

y manden en los peces del mar y en las aves del cielo,

y en las bestias y en todas las alimañas terrestres”

(Gen. 1:26).

En el himno el hombre aparece como la última y más perfecta de las obras de Dios. Que sea «imagen y semejanza» de Dios sólo significa de modo genérico que el hombre está más cerca de Dios que de los animales, y que entre ellos existe una relación más peculiar y estrecha. De modo neto se marca, pues, la altísima dignidad del hombre, que lo coloca por encima de todos los demás seres. Además es importantísimo notar que Dios ha creado todo el universo *para* el hombre. Entonces todos los seres de este mundo tienen su razón de ser en el hombre. Todos ellos existen para el bienestar y felicidad del hombre. Estando así las cosas, el hombre recibe el mandato de «someter» la tierra, que dentro del horizonte cultural de la época simplemente alude a la capacidad humana de poner la naturaleza (animales, ríos, campos) a su

servicio. Entonces el trabajo y la técnica en primer lugar aparecen en la Biblia bajo una luz favorable.

El tercer foco de interés es cómo debemos considerar la naturaleza. El dato más novedoso para su época es la negación de la divinidad de la naturaleza. El monoteísmo, con su poderoso soplo antimítico, desacraliza toda la naturaleza y expulsa todos los dioses que allí moraban. El sol, la luna y las estrellas del culto astrológico babilónico, ahora quedan reducidos a simples «luceros... para apartar el día de la noche, y valgan de señales para solemnidades, días y años» (Gen. 1:14). Esta visión, a través del cristianismo, tendrá amplia difusión y acogida en la mayor parte de la humanidad, será pues más afortunada que la similar crítica de aquellos filósofos griegos que hemos mencionado antes. Estas ideas teológicas poco a poco harán que el hombre se reconozca como el único sujeto frente a meros objetos que le han sido entregados para su beneficio. El mundo no es un alguien, sino un algo pasivo, que puede ser estructurado y manipulado por y para el hombre. Por otro lado, la Biblia se ha cuidado de no calificar negativamente la naturaleza, de presentarla como un principio opuesto a Dios o al hombre. Un estribillo que se repite en todos los párrafos del himno es: «y vio Dios que estaba bien» (Gen. 1: 4, 12, 18, 21, 25, 31). Esta fundamental bondad de la naturaleza siempre ha sido sostenida por la Iglesia y las efectistas críticas de los renacentistas deben sopesarse a la luz de la actual investigación de la Edad Media¹⁴.

¹⁴ No debe movernos a confusión el que san Juan y san Pablo usen el término «mundo» (*kosmos*, *mundus*; cf. Jn. 16: 33; Ga. 4: 3) en sentido negativo, uso que ha continuado en el lenguaje eclesial. Ellos nunca ven la creación material como un principio maligno opuesto a Dios, sino que «la creación (*ktisis*) fue sometida a la vanidad, no espontáneamente,... en la esperanza de ser liberada de la servidumbre de la corrupción» (Rom. 8: 20-21). Dentro de esta óptica usan el término «kosmos» para simbolizar toda aquella telaraña de errores y pecados que se oponen a la obra de Jesús. Esta distinción siempre fue clara en la Iglesia, como vemos claramente atestiguado en los escritos místicos de san Juan de Ávila (+1569): «... mas mirad que el mundo malo, a quien no hemos de oír, no es este mundo que vemos y que Dios creó, mas en la ceguedad y maldad y vanidad, que los hombres apartados de Dios inventaron» (*Audi, filia*, n.º 60). Esta concepción positiva de la naturaleza está en Tomás de Aquino (+1274) a la base de sus cinco pruebas de la existencia de Dios (cf. *Suma Teológica*, I q. 2), o de literatura religiosa, como el famoso *Cántico del Hermano Sol* de Francisco de Asís (1226). Como

La creación tampoco aparece como un obstáculo para la perfección del ser humano, ni siquiera como algo ajeno o indiferente, paralelo, al hombre, pues como hemos dicho antes, el mundo aparece como «entregado» al hombre. El mundo, entonces, es el *locus* donde se desarrolla la historia de salvación. Es en el mundo y a través del mundo que el hombre se encamina hacia su felicidad.

Entonces podemos sintetizar bien el punto de vista del himno de Gen. 1 diciendo que la naturaleza es vista como «casa», en cuanto maravilloso orden de astros, animales y plantas, que el amor providente de Yahveh ha dispuesto para el moderado uso y bienestar del hombre, el único ser que guarda una cierta semejanza con Él. Dentro de este horizonte, el trabajo y la técnica no se entienden como acción destructiva, sino como el instrumento que orienta la naturaleza al servicio del hombre¹⁵. Por el ejercicio libre y creativo del trabajo este mundo, en él mismo diverso y ajeno al hombre, va adquiriendo un rostro familiar, se va «humanizando». A su vez, el hombre debe ver el mundo como don precioso, como casa que Dios le ha entregado para que viva felizmente. Como otro texto bíblico dice: «Tomó Yahveh Dios al hombre y le dejó en el jardín de Edén, para que lo labrase y cuidase» (Gen. 2: 15). Entonces podemos concluir que para la Biblia la dignidad de la naturaleza, en último término, se fija por dos coordenadas: ser hechura de Dios y estar orientada al servicio del hombre¹⁶. En el hombre, que es la

bien lo sintetiza san Juan de la Cruz (+1591): «porque después del conocimiento propio, esta consideración de las criaturas es la primera por orden en este camino espiritual para ir conociendo a Dios, considerando su grandeza y excelencia» (*Cántico espiritual*, n.º 15).

¹⁵ En la legislación hebrea existen algunas normas, que hoy podríamos llamar «ecológicas», para evitar la depredación de los suelos: «la tierra tendrá también su descanso en honor de Yahveh. Seis años sembrarás tu campo... pero el séptimo año será de completo descanso para la tierra, un sábado en honor de Yahveh: no sembrarás tu campo, ni podarás tu viña» (Lev. 25: 2-4; cf. Ex. 23: 11; Dt. 15: 1-11).

¹⁶ De ningún modo podemos entonces aceptar críticas efectistas como las de M. Nicholson, quien buscaba formar una cruzada para: «neutralizar los daños infligidos por las iglesias al ambiente natural con su actitud indulgente, más aún favorecedora de la explotación egoísta, brutal y miope» (*La revolución ambiental*, Garzanti 1971, p. 235). Esta actitud beligerante contra la Iglesia hasta hoy persiste en muchos cuando se toca cuestiones referidas a la demografía. Cf. ROSSI-VALECCHI, *Diccionario enciclopédico de teología moral*. Madrid, Ediciones Paulinas 1980, voz: ecología, pp. 255-266; 1314-1319.

criatura más perfecta, la creación toma conciencia y reconoce y alaba al Creador¹⁷. Como canta el salmista:

«Al ver tu cielo, hechura de tus dedos,
la luna y las estrellas, que fijaste tú,
¿qué es el hombre para que de él te acuerdes,
el hijo de Adán, para que de él cuides?...
¡Oh Yahveh, Señor nuestro,
qué glorioso tu nombre por toda la tierra!»
(Sal. 8: 4-5. 10).

Ciertamente, el mundo ha existido millones de siglos antes que el hombre y podrá sobrevivirlo; pero sin un alma que lo conozca y le dé un sentido, entonces sería simplemente una inútil sucesión de fenómenos, una piedra muda vagando en el universo¹⁸.

3 *Hacia una reconversión cultural*

Los múltiples esfuerzos para mejor tutelar la calidad del medio ambiente han cristalizado en un novedoso conjunto de leyes. Es un mérito de científicos y juristas, que con un espíritu de colaboración pocas veces visto han hecho nacer en el presente siglo el llamado «Derecho ambiental», que ya comienza a ocupar un lugar entre las diferentes especialidades jurídicas.

La urgencia de los problemas afrontados ha llevado a un fenómeno ambiguo: tenemos un creciente cuerpo de leyes ambientales, pero no se ha discutido suficientemente cuál sea el sentido y la orientación de las

Esta cuestión está emparentada con la discusión de las teorías neo-malthusianas y —más atrás— con la polémica sobre el influjo del cristianismo en la cultura occidental (Cf. WEBER, Max, *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*).

¹⁷ Esta idea ha sido un filón inspirador para autores tan diferentes como Blas PASCAL (*Pensamientos*, 1658) y Teilhard de CHARDIN (*El fenómeno humano*, 1940).

¹⁸ Cf. KERN, Walter, «Interpretación teológica de la fe en la creación», en: *Mysterium Salutis*, tomo II, Madrid, Cristiandad, 1977, pp. 450-455.

mismas. Con otras palabras: falta aclarar el marco teórico, los principios o «espíritu» de estas leyes. Se ha creado e impuesto a la sociedad muchas leyes sin antes haberle explicado bien el *por qué* y el *para qué*. De modo simplista, alguien podrá imaginar que la preservación del planeta vale como cien razones, como si la sola mención de ella tuviera un efecto mágico sobre los demás. El problema justamente es que no parece que todos lo tengamos claro. Demasiadas manifestaciones autodestructivas en nuestras sociedades actuales no impiden aceptar esa suposición. No es sólo el caso de los incendiarios de bosques (tan común en Europa), o de los grupos racistas y neonazis, o la violencia deportiva (en estadios de todo el mundo). Pensemos también en el negocio del armamentismo y las pruebas nucleares, en la insensatez de las guerras (por ejemplo, la quema de los pozos petroleros en Kuwait, los genocidios en lo que fue Yugoslavia y en Ruanda). Pensemos en nosotros mismos, que en nuestras giras turísticas dañamos mares, ríos y bosques, con plásticos y otros desperdicios nocivos, nosotros que ni siquiera somos capaces de renunciar a los aerosoles. Todo esto significa que corremos el riesgo de crear una maravillosa legislación ambiental que sea vista como postiza y sin-sentido por una gran parte de la sociedad.

Pienso que la producción de leyes no debe detenerse ni disminuir: la urgencia del problema lo desaconseja. Pero al mismo tiempo debemos preocuparnos por clasificar los principios de la protección ambiental y encarnarlos en nuestras culturas. Cuando exista la debida proporción entre conciencia civil y legislación, entonces podremos pensar que hemos puesto las bases para solucionar el problema. El Derecho no debe encerrarse en su propia especificidad y querer desentenderse de los principios filosóficos y éticos. Tampoco puede impunemente pasar por alto la percepción religiosa-teológica de su sociedad. La vieja tentación del positivismo jurídico de encerrarse en la letra debe quedar descartada¹⁹. La ilusión de dictar leyes sin ningún compromiso teórico

¹⁹ Las graves ofensas a los derechos humanos causadas por los viejos totalitarismos (nazismo, facismo, comunismo) y sus nuevos brotes (dictaduras militares y civiles, genocidio) nos deben hacer reaccionar ante la seducción simplificadora del positivismo

es sumamente dañina. Siempre obramos según un determinado trabajo como libre de todo ideario previo. La ley «pura», sin mezcla de presupuestos y opciones culturales (filosóficos, religiosos, económicos, etc.), no existe. La ingenuidad acerca de nuestros condicionamientos no es tolerable a fines del siglo XX.

El Derecho, entonces, debe considerar como primordial la creación de ese espacio fronterizo de diálogo y clarificación con otras disciplinas para mejor servir a su comunidad. El esquema que extrae del patrimonio teológico del cristianismo aparece como un nuevo marco teórico-ético aptísimo para la actual preocupación y defensa del medio ambiente. Aquí las preguntas acerca del *por qué* y del *para qué* quedan cabalmente resueltas entre coordenadas que no penalizan el progreso humano y al mismo tiempo comprometen al hombre íntegro en la defensa ecológica.

Dentro de la misma perspectiva, es urgente que se impulse la implementación de cursos de educación ecológica en escuelas y universidades. El conocimiento de los problemas ambientales y la formación de una genuina conciencia ecológica no puede quedar en la difusión «persona a persona», como si se tratara de una «cadena de san Antonio». Tampoco podemos confiarla a los medios de comunicación masiva, pues, en este tema como en otros, han demostrado estar demasiado envueltos en consideraciones financieras²⁰: así como se da espacio a estudiosos serios del problema, también se da espacio a charlatanes y a la publicidad tendenciosa de compañías ansiosas de aumentar ganancias con eslóganes «ecológicos»²¹. Esta ambigüedad de los *mass media* es un reflejo de las dos almas que luchan en nuestra sociedad consumista y hedonista. Por un lado se constata la necesidad

jurídico. Sin duda, es muy alto el precio que se debe pagar cuando el Derecho renuncia a la clarificación ética y a la conexión con valores.

²⁰ Cf. BLÁSQUEZ, Niceto, *Ética y medios de comunicación social*, Madrid, B.A.C. 1994.

²¹ Se ha llegado al colmo de promocionar ropa con «colores ecológicos» (¿¿??) o de vender macetas con hierba como si se tratara de un gran paso en la defensa del ambiente. De esta manera lo ecológico deriva en una simple moda o se diluye en su vertiente sentimental. No está mal, multiplicar las macetas, pero de lo que aquí se trata es de defender bosques, como los de nuestra Amazonía, por ejemplo.

de preservar los recursos naturales, pero por otro lado no se quiere disminuir las crecientes exigencias de confort. El hombre actual no sólo quiere vivir desahogadamente, sino que busca vivir en el derroche. La psicología aplicada a las ventas ha descubierto que esta sensación de lujo y poder hace que el hombre aumente su deseo de consumo; es más: que se convierta en una necesidad imperiosa. La masiva aplicación de estas técnicas persuasivas a través de la publicidad tiende a crear una tendencia al derroche, el egoísmo y al inmediatismo, perdiéndose la perspectiva de futuro. Mientras las cosas estén así, la legislación sólo será paliativa; simplemente se retrasará el necesario desenlace²².

Entonces, lo que ahí se propone es una reconversión cultural. Se trata de reformar nuestro modo de concebir la vida y de cambiar algunos hábitos destructivos que ya están muy difundidos. Nuestra cultura debe realizar un examen de conciencia y aceptar sus errores. No debemos entibiar las cosas y reconocer que nuestro estilo de vida consumista ha llevado nuestro mundo al borde del colapso. Cada estamento de la sociedad debe detectar y corregir sus fallas. Sólo la aparición de una profunda y correcta conciencia ecológica da las bases sociales para la plena eficacia de la legislación. El Derecho no puede refugiarse orgullosamente en su especificidad, no puede permanecer como mero espectador en este diálogo interdisciplinar: debe estar abierto a los aportes y debe contribuir activamente a la implementación de soluciones para las otras facetas de este problema. La suma de todos estos esfuerzos no sólo debe limitarse a la supervivencia de nuestro mundo, sino a que la Tierra vuelva a ser «el planeta azul», donde la técnica y el progreso estén al servicio de la armonía hombre-naturaleza.

²² En las grandes ciudades europeas es frecuente prohibir algunos días el tránsito de los vehículos particulares para bajar el nivel de contaminación. Esto impide que el smog mate a la gente mientras camina por la calle, pero ¿... y la destrucción de la capa de ozono? Mientras persista el altísimo número de unidades contaminantes, es claro que el problema sigue agravándose.

Bibliografía*Biblia de Jerusalén*

1980 BÍlbaio, Desclee de Brouwer.

Concilio Ecuménico Vaticano II

1993 Edición bilingüe, B.A.C, Madrid.

BLÁSQUEZ, Niceto

1994 *Ética y medios de comunicación social*, Madrid, B.A.C.

BRUGGER, Walter

1983 *Diccionario de filosofía*, 10.^a edición, Barcelona, Herder.

DE STEIGUER, Edwar

1993 «Word: Environmental Movements»; in *Grolier Electronic Publishing Inc.*

GARCÍA CORDERO

1977 *Biblia y legado del Antiguo Oriente*, B.A.C., Madrid.

GUTHRIE, W. K. C.

1984 *Historia de la filosofía griega*, tomo II, Madrid, Gredos.

IDÍGORAS, José Luis

1988 *La religión*, Lima, Centro de Proyección Cristiana.

KERN, Walter

1977 «Interpretación teológica de la fe en la Creación», en: *Mysterium Salutis*, tomo II, Madrid, Cristiandad.

ROSSI-VALSECCHI

1980 *Diccionario enciclopédico de teología moral*, Madrid, Ediciones Paulinas.